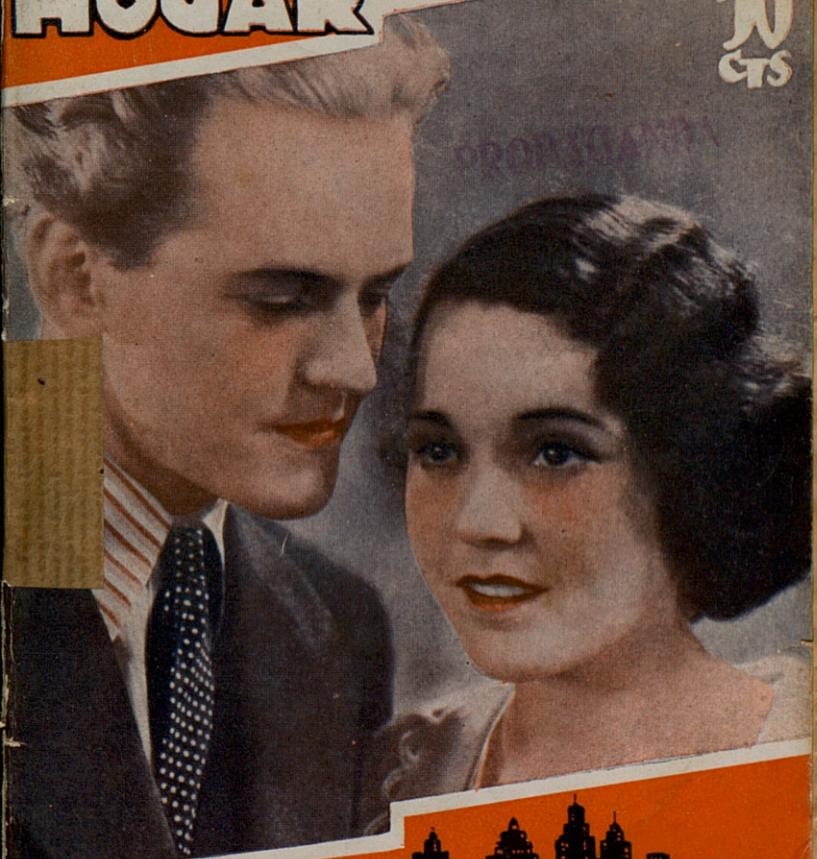


LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA
DEL
HOGAR 92

30
cts



MYRNA LOY
THOMAS MEIGHAN
MAUREEN O'SULLIVAN
EDICIONES BISTAGNE

RASCACIELOS

TAYLOR, Sam A.

La Novela Cinematográfica
del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:

AÑO III Francisco-Mario Bistagne NÚM. 92

Skyline, 1931

Rascacielos

Bello asunto, interpretado por
Maureen O'Sullivan, Thomas Mei-
ghan, Myrna Loy, Hardie Albright,
etc.

Es un film **FOX**

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

POSTAL-REGALO: NILS ASTHER

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA



Rascacielos

Argumento de la película

La barcaza avanzaba hacia el puerto de Nueva York. Sobre cubierta, el patrón agotaba pausadamente una botella de whisky, a tiempo que con una guitarra entonaba canciones de matiz picaresco.

Juan Breen, su hijo, un muchacho de veinte años, se reunió con él y le contempló con desdén. ¡Parecía imposible que se portase así! Mientras mamá se moría allí dentro, el padre se entretenía cantando con una indiferencia glacial.

—¡Valiente padre eres! —le gritó—. ¡No observo en ti más que infamias!

—Hago lo que me da la gana.

Y, de un violento manotazo, lo arrojó lejos. Juan, gimiendo quedamente, volvió al lado de su madrecita en cuyos ojos la agonía encendía su última luz.

—Pronto estarás mejor, madre...

—¡No... Juan!... ¡Me siento morir de veras!

—¡No me dejes!... ¡No tengo a nadie en el mundo más que a tí!

—¡Juan... toma!... ¡Guárdalo!

Puso en sus manos un medallón, en cuyo reverso había esta inscripción: "A mi Rosa de Irlanda".

—Juan, tu padre me dió esto... —suspiró la enferma.

—¿Mi padre? —dijo sorprendido.

—El no es tu padre.

—¿Qué dices? ¿Qué misterio es ese? ¡Háblame, por Dios!

Ella intentó decir algo, confesar la verdad, pero... de repente... torció la boca, sus ojos quedaron en blanco, y quedó extática exhalando el último suspiro. Y Juan quedó llorando a sus pies...

Horas más tarde la barca entraba en el puerto de Nueva York. Pasaba ante la estatua de la Libertad y se veían los grandes rascacielos que parecían prontos a caer sobre las tranquilas olas del muelle.

Juan había salido a cubierta y decía a uno de los tripulantes:

—Nada me retiene aquí ahora que mamá ha muerto.

—¿Qué piensas hacer?

—Vivir en Nueva York y buscar un empleo.

—Vale más que te quedes... La ciudad fué la ruina de tu madre.

—¿Sabes acaso que Breen no es...?

—Sí. El no es tu padre. Tu verdadero padre abandonó a tu madre; ésta quiso suicidarse. Breen la recogió y se casó con ella. ¡Pero siempre la ha tratado tan mal!

Apareció el patrón con su aspecto brutal de hombre alcoholizado.

—¿Qué estás aquí discutiendo?

—Que me voy a marchar... que abandono la barcaza—le contestó Juan.

—Te quedarás aquí.

Juan, que siempre había sufrido malos tratos de aquel hombre, le insultó a la cara:

—¿Quedarme contigo? ¡No! ¡Además sé que tú no eres mi padre!

El patrón le contempló con ira.

—¡Ah!, ¿estás enterado de todo? Tu padre te abandonó... era tan malo como tu madre. Ahora que sabes lo que fueron tus padres, puedes darte una idea de lo que eres tú.

—¡Canalla! ¡Canalla!

Sé arrojó contra él, los dos sostuvieron una lucha violentísima. El patrón pidió auxilio, y sus tripulantes, hombres rudos y brutales, corrieron a defenderle. Juan comprendió que llevaba las de perder. Y decidido saltó por la borda, dispuesto a alejarse para siempre de la compañía de aquellas gentes... Sólo lamentaba no poder asistir al entierro de mamá, pero ella, la noble y santa mujer en quien él seguía creyendo a pesar de las acusaciones, le perdonaría desde el cielo. Proseguir en la barcaza, era exponerse a una permanente exclavitud.

Media hora después, nadando afanosamente, se encontraba en tierra firme; y, procurando sortear la vigilancia de los guardias, conseguía entrar en la gran ciudad de músculos de acero y de corazón de hierro: Nueva York.

Estuvo un día entero vagando por las calles, recorriendo las suntuosas avenidas, embriagán-

dose de aquél movimiento febril. Pero sin recursos, sin conocidos, sin una mano protectora, pronto se sintió más solo que nunca y lloró como un niño abandonado y pobre.

Recordaba con tristeza a mamá, la madrecita santa cuya vida había sido un secreto. ¿Quién era, pues, el verdadero padre de Juan? ¿Por qué mamá se separó de él?

Fatigado, hambriento, sintió la ineludible necesidad de descansar. ¿Pero dónde?... Y avanzaba sin rumbo por las inmensas vías, creyendo que todo el mundo se reía de él, sintiendo que sus ojos iban perdiendo la luz.

Se desvió de una de las calles entrando en unos solares donde se estaban realizando obras. Aturdido, casi sin poder tenerse en pie, resbaló con unos pedruscos, y comenzó a rodar hacia unos desmontes donde una máquina desfondadora iba cargando cantidades de tierra.

La enorme máquina hubiera apresado entre un montón de tierra al desgraciado muchacho, triturándolo entre sus dientes de hierro, si el capataz, dándose cuenta del peligro, no hubiese detenido inmediatamente la palanca del funcionamiento.

Se acercó con otros obreros, y vió que aquél muchacho, a causa seguramente de la anterior caída, se hallaba sin sentido.

—¡Pronto! ¡Pronto!... ¡Un poco de agua!—dijo el capataz.

Le dieron a beber, y Juan volvió en sí.

—¡Una paletada más y hubieras muerto!... ¡Si ya casi lo estás!

El joven, que llevaba veinticuatro horas sin

probar bocado, se levantó balbuciendo unas palabras incomprensibles.

En aquel momento sonó el silbato anunciando el descanso de mediodía.

—¡Ven a comer conmigo!—le dijo el capataz comprendiendo lo que le ocurría. Estaba seguro de que tenía hambre. Sería un obrero sin trabajo, uno de esos pobres seres condenados a la muerte lenta y desesperada de los parados.

—¡No, gracias!

—No te marcharás hasta que hayas comido. Toma una parte de mi almuerzo.

—Pero...

—No le respondas a Miguel Kearney.

El muchacho acabó por acceder a la generosidad de su protector y comió con él unos sabrosos manjares que le supieron a gloria.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Breen.

—¿Breen? Entonces eres irlandés como yo.

—¡Sí!

—¡Hombre! ¡Cuánto me alegra!... ¡Toma otro emparedado!

Juan, conmovido, se fué confiando a aquel hombre y le explicó su vida, su huída de la baraza, su anhelo de trabajar en Nueva York, en un rascacielos, por ejemplo. Siempre lo había deseado.

—¡Pues tuviste buen comienzo!—dijo Kearney, riendo—. Ya ves, estamos construyendo uno... y, si te descuidas un poco más la máquina te hace pedazos.

—Yo quiero trabajar.

—Ya veremos en qué puedes ser útil. Mira, esta tarde vendrás a mi casa, te hospedarás por

el momento en ella, y ya hablaremos de todo.

—Pero, señor Kearney, no debe usted hacer tanto por mí...

—Eres irlandés y yo soy un gran patriota.

Y tal como se lo prometió, Kearney se fué con su nuevo amigo a casa. Allí Juan conoció a la hija del capataz, una muchacha llamada Catalina, sencilla flor obrera, laboriosa como una abeja y humilde como un pensamiento.

Juan se sentía emocionado ante aquella acogida cordial que le recordaba la dulzura de mamá.

Aquella noche, después de una larga sobremesa en que contó toda su vida, Juan durmió buen sueño en una confortable cama... Le parecía que su madre velaba desde lo alto.

* * *

Varios días después, Catalina, que también había acogido a su huésped con una simpatía profunda, se hallaba en la cocina desde muy de mañana.

—¿Qué estás haciendo, Catalina?—le dijo su padre.

—Calentando el desayuno de Juan.

—Aliméntalo bien, que con hambre nadie puede trabajar.

Juan salió de su habitación, limpio, bien arreglado, optimista. Era su mirada inteligente, y en todo su rostro había una gran dignidad.

Tomó un succulento desayuno y agradeció con bondadosas frases aquel trato familiar que le daban unas gentes que apenas le conocían...

—Muchas gracias... muchas gracias por cuan-
to hacen por mí... Pero yo no puedo seguir...
Es preciso que halle trabajo.

—Traté de colocarte conmigo, pero no pude
—dijo Kearney.

—¡Y lo hubiera deseado tanto!

—Y yo también... De todos modos, no te
desanimes. Alguna cosa u otra encontrarás. En-
tretanto en mi casa no ha de faltarte nada...
Bueno, me marcho, hoy he de ser más puntual
que nunca... El señor McClellan, el jefe, regre-
sa hoy... Hace quince años que estamos juntos...
—dijo con risueña vanidad.

—Quizás el señor McClellan me diese colo-
cación.

—Ni caso te haría.

—Pero...

—Es un grande hombre... Comprendo que
te gustaría conocer al señor McClellan como a
mí tomar el té con el Papa.

Y se marchó sonriente, con alegría de buen
trabajador que se cree que el amo lo necesita
a él.

Catalina puso en las manos del joven una
moneda.

—Toma ese medio dólar... Te traerá buena
suerte...

—¡Gracias, Catalina! Pero yo no debería to-
mar eso... Has hecho ya tanto por mí.

—Hay pocas construcciones ahora... ¿Por qué
no buscas otra clase de trabajo?

—Siempre he anhelado edificar. Es una obse-
sión... Cuando estaba en el barco, cada vez que
entraba en el puerto de Nueva York, me daban
ganas de trabajar en la construcción de un ras-
caciélos... Y lo haré... Quiero trabajar en lo
alto y mirar el río desde allí...

—Tienes fuerza de voluntad y eso sirve
mucho.

—Quiero pagar todo lo que hacéis por mí.
¡Eres tan buena... y tan hermosa!

Sus manos se entrelazaron. Juan no se atre-
vió a decir más, pero en el alma suya y en la de
Catalina flotaba el mismo sentimiento... Un
amor, tímido aún, pero que ya daba sus prime-
ros suspiros.

—Ahora mismo voy a ver al señor McClellan
—agregó Juan.

—No creo que te reciba.

—Voy a probarlo.

Con el alma esperanzada se dirigió hacia los
terrenos donde se estaba construyendo un ras-
caciélos, cuyo armazón llegaba ya al piso cuar-
enta.

Los obreros estaban en plena actividad; vió a
lo lejos a Kerney, pero procuró evitar su en-
cuentro.

El señor McClellan había llegado poco an-
tes. Era un hombre de unos cuarenta años, enér-
gico, de un gran corazón y de una portentosa
inteligencia.

Había estado ausente unos días y quería exa-
minar personalmente la construcción. Saludó
muy afectuosamente al capataz y éste comentó
ufano con los obreros:

—Estoy asociado con el señor McClellan des-
de hace quince años. Ya trabajé con su padre.

McClellan subió al piso cuarenta donde le
habían dicho que unas vigas no ajustaban bien.
Ordenó que le subieran unos planos para ha-
cerse cargo de todo.

—Lleva esto al señor McClellan al piso cu-

renta—dijo un empleado a un negrito joven que tembló ante la idea de tener que subir en el ascensor a una altura tan peligrosa.

Juan, oculto detrás de una valla, desde la que había oído la anterior conversación, detuvo al negro:

—Aquí tienes medio dólar si me dejas que lleve yo esos planos.

—Quieres decir que no tengo que subir y que me pagas además?

—Eso mismo.

El negro, encantado, le dió los planos, y Juan Breen subió en el montacargas, una plataforma de madera que a gran velocidad se dirigió hacia la impresionante altura.

A medida que ascendía, iba sintiendo el terror que producen a todos los inadaptados las alturas. Comenzó a acometerle un vértigo espantoso. Todo se empequeñecía, todo desaparecía a su alrededor: Nueva York no era más que una ciudad de liliputienses.

Varias veces experimentó la sensación de que caía, de que se desplomaba en aquel inmenso abismo que dejaba en el fondo. La cabeza le daba vueltas. ¡Había cometido una gran imprudencia al subir!

Por fin llegó al piso cuarenta y vió de pie, en una de las enormes vigas de hierro que constituyan el esqueleto del edificio, a McClellan en compañía de un empleado examinando los dos dimensiones de los hierros. Estaban tranquilos, con la fuerza de la costumbre, sin ver que se hallaban a terrible altura.

McClellan al verle, le dijo:

—¡Dame esos planos!

Para poder entregárselos tuvo Juan que pasar de pie sobre una de las vigas... Tambaleándose, con un miedo espantoso, sintiendo escalofríos, Juan llegó junto al jefe...

Distraído McClellan no se fijó en él, pero el empleado, dándose cuenta del terror que le invadía, le dijo:

—¿Quién eres? No te conozco...

—Deseo ver al señor McClellan acerca de un empleo—respondió con una forzada sonrisa.

McClellan alzó entonces los ojos y miró a aquel muchacho que había cometido la imprudencia de subir.

—¡Loco! ¿No ves que te puedes matar? ¡Baja antes de que te estrelles!

—¡Sí! ¡Sí!

Avergonzado empezó a andar por la estrecha viga, tambaleándose, y McClellan, comprendiendo el estado de ánimo del muchacho, le ayudó a cruzar la difícil pasarela. Pero, de pronto, Juan no pudo más; perdió el equilibrio; el jefe quiso sostenerlo con un esfuerzo heroico, pero no consiguió otra cosa que despeñarse con él... Los dos, abrazados, rodaron un momento hacia el abismo, pero la providencia, con su milagrosa intervención veló por ellos... Cayeron a pocos metros de distancia, sobre unos tablones colocados precisamente en el piso treinta y ocho.

Los dos resultaron ilesos, sin nada más que la emoción consiguiente.

—¡Baja y no vuelvas a subir!—le dijo el jefe—. Si tienes que trabajar, hazlo allá abajo.

—¡Señor... señor... gracias por haberme salvado!

—¡No me lo agradezcas! Anda, abajo, temo por ti.

Bajó Juan Breen y al encontrarse de nuevo en tierra firme, sintió la alegría de vivir y un gran optimismo tras aquellos momentos de espanto. Se dirigió hacia Kearney y le explicó lo ocurrido.



...Juan no pudo más...

—El señor McClellan me dijo que trabajase aquí abajo.

—Pero es de veras?

—Pregúnteselo luego a él.

—Me basta tu palabra. A trabajar... ¡Carga aquellos sacos de cemento!

Juan Breen, satisfechísimo, empezó su labor en la confianza de que McClellan no le iba a echar de allí.

Cuando bajó el jefe, Kearney le dijo que Juan,

en virtud de sus instrucciones, había sido colocado. Al principio se sorprendió el industrial, pues él no había dicho tal cosa, pero viendo trabajar a aquel muchacho y sintiendo por él una viva simpatía por su audacia, confirmó el nombramiento.

Y aquella noche ya todos en casa, Kearney no podía ocultar su satisfacción.

—Muy bien, muchacho! ¡Has tenido la suerte! ¡Ya estás colocado!

Marchó el viejo a tomar café con unos vecinos, y Juan, radiante de felicidad, habló a Catalina de sus ambiciones y del dulce cariño que ella le inspiraba.

—Siempre caigo bien—dijo sonriente—. Primero caía en tu familia, y por caerme tengo este empleo... Y ahora... si tú me quieres, no podré haberme caído mejor.

—Es cierto que te inspiro algún cariño, Juan?

—Un gran cariño! Piensa que yo no he amado nunca a nadie. No he tratado a otra mujer que a mi madre y a ti... ¡Me harías tan feliz si me quisieras!

—Pues sé feliz del todo... porque te quiero... Y permanecieron abrazados hasta que la llegada del padre les hizo separarse rápidamente, gozando aún del secreto de amor que se reserva a los extraños.

* * *

Días más tarde, dos elegantes muchachas "bien" fueron a las obras del rascacielos.

Descendieron del coche, y Paula, una rubia magnífica, dijo a su amiga:

—Irma, pensé que te gustaría ver el edificio, mientras yo hablo unas cuantas palabras con McClellan.

—No le ves ahora con mucha frecuencia, ¿verdad, Paula?

—¡Tiene tanto trabajo!

—Me parece que tus relaciones se van entibiando.

—¡Eso no!

Paula pretendía casarse con McKlellan, y se lo insinuaba de mil maneras, sin que el industrial se diera por convencido. Paula no le interesaba, la conceptuaba una mujer frívola y peligrosa.

Las dos amigas vieron de lejos a McClellan que estaba conversando con un obrero. Irma aconsejó a su amiga:

—Ahí tienes a tu tormento... Y hazme caso a mí. Si deseas las atenciones de un hombre, dale celos.

—Temo que con él fallase.

—Es remedio infalible.

McClellan, gran aficionado a los deportes, había invitado a su ingeniero a la pelea que debía celebrarse aquella noche. Pero el empleado se excusó cortésmente por tener un compromiso ineludible.

McClellan, que no quería ir solo a las sesiones de boxeo, vió a Juan y, llevado de la viva simpatía que le inspiraba ese muchacho, le dijo:

—Supongo que estarás muy cansado cuando termina el día...

—Bastante, señor.

—¿Demasiado para venir a ver el combate de boxeo esta noche?

—¡Oh, señor!

—Toma esta localidad... ¡Te invito!

Emocionado ante aquella insólita deferencia, Juan balbuceó:

—¡Gracias, señor McClellan! ¡No faltare!

Y volvió a su trabajo, mientras el jefe decía al ingeniero:

—No sé por qué, pero siento gran afecto por ese muchacho.

—Se lo merece... Es muy buen trabajador.

Paula e Irma se acercaron a ellos. Despues de breves saludos, Paula dijo a McClellan:

—Esta noche tienes que venir a mi fiesta.

—¡Imposible!—contestó McClellan que procuraba rechazar toda intimidad con aquella muchacha coqueta—. Prometí a un amigo que iría a las peleas.

—¿Y lo prefieres a mí?

—Tengo dada mi palabra.

Juan se acercó a ellos y, descubriendose respetuosamente, dijo:

—Por mí no lo haga, señor McClellan... Si no quiere ir, no iremos.

Paula contempló con atención a aquel obrero, pareciéndole fino, de facciones delicadas, correctas.

—Es usted muy amable!—le dijo ella.

—Paula... te presento a un empleado mío, un buen amigo... Juan Breen.

Paula era una gran caprichosa y quedó de pronto seducida por la juventud y la arrogancia de Juan.

—¿Le parece bien eso de quitarme a McClellan?

—Señorita...

—Bien. Renuncio por esta noche a que vengas a mi fiesta. Pero en la próxima me has de prometer no faltar... Y tampoco usted, Juan Breen... Cualquier amigo tuyo lo es también mío, McClellan.

—No faltaremos...

—Pues hasta pronto, amigos.

Estrechó la mano de los dos con gentil llanaza que a Juan le supo a gloria...

¡Aquella gran dama se dignaba poner en él sus ojos!

Ignoraba el pobre joven que Paula estaba dispuesta a poner en práctica las advertencias de su amiga y quería dar celos a McClellan. Y ya habían encontrado para ello al hombre, aquel joven que a pesar de su condición de obrero parecía de cuna distinguida.

Por la noche, McClellan y Breen fueron a la pelea. En días sucesivos se estrechó vivamente su amistad y más bien que principal y obrero parecían dos camaradas. Sin saber por qué, una extraña simpatía inclinaba a McClellan hacia Juan, y éste sentía por su protector verdadera veneración.

Viendo en Juan facultades para el estudio, le propuso ir primero a una academia nocturna para luego ingresar en la Universidad a seguir la carrera de ingeniero. El le costearía la enseñanza.

¡Jamás la vida había tenido sonrisas tan amables para Juan como en aquellos días! Todo lo tenía: amor, protección, trabajo...

McCLELLAN, para demostrarle su simpatía, le envió un retrato suyo con una dedicatoria: "A mi amigo Juan Breen, de Jaime McClellan"...

Y el antiguo hombre de mar se sintió orgulloso de aquella amistad sincera.

—Ah!—le decía con frecuencia el capataz. Ahora te darás cuenta de lo que significa la amistad de Miguel Kearney.

Un día, Catalina y Juan fueron de paseo... Visitaron el parque de atracciones, se divirtieron en los mil puestos de feria. Al regresar a casa, emocionados por la alegría del día y la placidez de su amor, él le dijo sonriente:

—Suponte que tuviera una cita mañana por la noche... y todas las noches de esta semana.

—¿Cómo?—dijo alarmada.

—No te asistes. Voy a ir a una academia nocturna y luego a la Universidad.

—¿De veras?

—Sí, el señor McClellan quiere que me instruya. ¡Me aprecia tanto! Habremos de esperar, para casarnos, a que yo tenga un buen porvenir. ¿Te parece?

—Lo siento mucho... pero aguardaré por tu bien.

—Catalina, qué felices seremos cuando yo obtenga un título académico!

—Yo rezaré para que tengas suerte.

Desde aquel día Juan se dedicó a estudiar con sincero ahínco. Había dejado su trabajo manual y estaba en la oficina con el jefe. Cierta día, encontrándose en el despacho de McClellan, éste le hablaba de su vida.

—Le debo a mi padre, la educación y carrera que tengo—declaró orgulloso.

—¡Pues yo detesto al mío!—exclamó Juan con rencor.

—¿Tan mal te trató tu padre?
 —No le conocí... Breen no era mi padre.
 —¡No comprendo!
 —Mi padre abandonó a mi madre cuando más falta le hacía... Ella trató de suicidarse...
 —Y...

—Breen la sacó del río y ella se casó con él por mí... ¡Ah, mi madre era maravillosa!... Una verdadera señora y se vió obligada a vivir en una inmunda barcaza... ¡Siempre me acordaré de ella! Mire qué medallón me regaló antes de morir... Fué un regalo de mi padre cuando conoció a mamá.

Puso en manos de su jefe aquel dije, y McClellan sintió que se le paralizaba el corazón.

¡Dios! ¡Qué cosas tan terribles tiene la vida!
 —Solía llamarla "Su Rosa de Irlanda"—agregó Juan—. Su nombre era Rosa Carrell.

¡Sí, Rosa Carrell, la misma mujer que en otro tiempo fué de McClellan! Este cerró los ojos emocionado, pensando que el destino había puesto ante él a aquel muchacho que era hijo suyo, porque Clellan había sido el enamorado de Rosa y había tenido amores íntimos con ella.

¡Ahora comprendía el origen de aquella extraña simpatía que sentía hacia Juan! Era la voz de la sangre que le indicaba que aquel muchacho era hijo suyo.

Oyó de pronto que Juan murmuraba:
 —Ojalá mamá me hubiese dicho el nombre de mi padre... ¡Me gustaría encontrarle!
 —¿Qué harías con él, Juan?—preguntó procurando disimular su amargura.
 —¡Creo que lo mataría! ¡Abandonar así a mamá! ¡No tiene perdón!

McClellan se estremeció en su asiento. ¡Imposible confesar a Juan que él era aquel padre tan odiado!... Era preciso callar, guardar su pena en el alma, seguir protegiendo al joven sin confesar nunca la verdad.



Era la voz de la sangre que le indicaba que aquel muchacho era hijo suyo.

En aquel instante llegaron Irma y Paula.

—Vamos a bailar y ustedes dos vienen con nosotras—dijo Paula.

—No tengo ganas de bailar esta noche, Paula—contestó McClellan preocupado.

—¿Por qué?

—Asuntos de negocio. Ve tú si quieres, Juan...

—¡Oh, no es posible! No tengo traje de etiqueta...

—¿Qué importa ello?—le dijo Paula con el

deseo de "flirtar" con Juan para dar celos al otro—. Vas bien de americana... Ven con nosotras...

—Sí, puedes ir... Te divertirás...



—*No tengo ganas de bailar esta noche, Paula.*

Y Juan fué al baile, y estuvo toda la noche danzando con Paula, sintiéndose fascinado y atraído por la gracia tentadora de aquella mujer que le sonreía como una diablesa.

* * *

Días más tarde, Juan comunicó grandes noticias a Catalina.

—El curso próximo pienso ir a la Universidad de Colombia a estudiar la carrera de ingeniero.

—Adelantas mucho.

—El señor McClellan me prestará el dinero para que pueda ser un ingeniero como él.

—¡Qué suerte! ¡Ah! sólo una cosa me causa tristeza; el que se aplace nuestra boda.

—¡Todo llegará!—dijo, distraído—. Olvidaba decirte una cosa, Catalina. Que me mudó a casa de McClellan.

—Tú? ¿Pero...?

—No puedo negarme. ¡Imagínate, en una casa tan lujosa y con un profesor particular que McClellan me ha proporcionado!

—¡Cuánto te echaré de menos, Juan! —Te olvidarás de mí?

—¡No, Catalina!

Sonó un fuerte bocinazo en la calle.

—Es el jefe que viene a buscarme.

Salieron los dos jóvenes. Catalina, entristecida por la idea de la separación; Juan, alegre y satisfecho.

El señor McClellan conocía a Catalina y la saludó muy afectuosamente.

—Es usted muy generoso, señor McClellan—dijo ella—. ¡Hace tanto bien a Juan!

—Lo merece... Ya vendremos a verte, Catalina... Me llevo al muchacho porque ha de estudiar y hacerse hombre.

Marcharon los dos, dejando a Catalina con el corazón conmovido por diversas impresiones: la de alegría por verle prosperar y la de honda pena al saber que abandonaba la casa...

Pasaron varios días... Juan aparecía como deslumbrado. Vivía en casa de McClellan y pasaba largas horas estudiando. Por las noches asistía a fiestas... Paula parecía sentir por él una gran

inclinación, y el joven estaba como enloquecido por la belleza rubia y tentadora de esa mujer.

El señor McClellan se sentía también feliz teniendo a su lado a aquel hijo, pero se lamentaba de no poder darle a conocer su paternidad.

—No debes preocuparte... El muchacho te idolatra—le decía Smith, un íntimo amigo suyo—. ¿Por qué no le confiesas que eres su padre?

—¡Es imposible!

—¡No debe darte vergüenza! Tu padre tuvo la culpa de tu separación.

—No estoy pensando en mí... Lo que no quiero es amargarle la vida a Juan.

—¿Por qué?

—Si averigua quién soy, es capaz de cualquier cosa... Detesta a su padre.

—Algún día le dirás la verdad y él se hará cargo de las cosas.

Marchó su amigo y McClellan se dirigió al despacho donde estaba estudiando su hijo. Vió que éste ocultaba dentro de un libro un retrato de mujer. Sonrió. ¡Ah, pícaro! ¡Cómo se estaba acordando de su novia!

—¡Me alegro que no te olvides de Catalina!—le dijo.

Y aunque Juan intentó ocultar el retrato, él lo cogió. Frunció el ceño al ver que no era el de Catalina, sino el de Paula... ¿Era posible que Juan hubiese caído en la seducción de aquella grande y peligrosa coqueta, de la que se contaban algunas historias no muy edificantes?

—No creas que deseo entrometerme en tus

asuntos ni mandar en tu vida, pero... Paula no es la joven que te conviene, Juan.

—Usted es mi mejor amigo, señor, y no quiero disgustarlo, pero amo a Paula—respondió Juan con firme convencimiento.

—Juan... Vete con cuidado. Piensa que no hay nada en el mundo que yo no hiciese para impedir que cometieses una equivocación.

—Habla usted como un padre.

—¡Hombre, edad tengo para ser tu padre!—le dijo con una leve sonrisa.

Y se separó de él, un poco preocupado y temeroso de que Juan, joven inexperto, fuese víctima de aquella mujer frívola e inútil.

A la noche siguiente Paula dió otro baile en su casa y Juan, en cuyo corazón el tímido y buen amor hacia Catalina desaparecía para dar paso a la pasión sensual que Paula le inspiraba, no dejó de asistir... También McClellan concurrió al baile, con el deseo de librar a Juan del peligro de la coqueta.

Ella estuvo coqueteando con Juan durante toda la noche. Bailó con él, y aun permitió que el joven, al salir a la terraza, le besara apasionadamente... Ella sonreía, pues al fin y al cabo nada le importaba ese modesto obrero, ya que su único deseo era dar celos a McClellan.

Y no eran celos precisamente lo que producía en el rico industrial, sino indignación, temor de que aquella vampiresa rompiera la tranquilidad y la vida del estudiante.

Paula, dejando un momento a Juan, se dirigió al encuentro de McClellan.

—Te he echado mucho de menos, querido...

Vamos, ¿no sabes que yo te quiero?... ¿Que haré todo lo que me pidas?

—Entonces deja en paz a ese muchacho... Le estás dando locas esperanzas.

—¡Tú sabes el medio de hacerme desistir!



Ella estuvo coqueteando con Juan durante toda la noche...

—¡No insistas en ello!

—Pues ya que me desprecias, no te entrometas en mis cosas y deja el campo libre a otro más inteligente que tú.

—Sería capaz Juan de querer casarse contigo... y arruinarías su vida.

—¡Eres un moralista!

—Le estás quitando a Juan su novia; le arrebatas una joven virtuosa.

—¿Conque una joven virtuosa? Pues ahora

será mío... señor paladín de la virtud—dijo enfurecida por el mal concepto que parecía tener McClellan de ella.

Y se alejó de él, yéndose a bailar de nuevo con Juan y aceptando que éste le diera, al hallarse en la terraza, nuevos besos de amor.

McClellan sentíase profundamente disgustado. Vió a su amigo Smith y le dijo:

—Juan está locamente enamorado... Paula no se da cuenta de lo que está haciendo.

—Sólo hay un medio de quitárselo... *quitársela tú*.

—Está bien... Ya pensaré en eso.

Se dirigió al encuentro de los dos jóvenes, y manifestó a Juan que era ya muy tarde y que debían marchar. Juan insistió en quedarse, pero tuvo que ceder ante la intransigencia de su protector...

Marcharon antes de que terminara la fiesta, dejando a Paula disgustada porque se había quedado sin ninguno de los dos galanes...

* * *

Dos días más tarde, McClellan mandó llamar a Catalina a la que expuso los peligros que corría Juan.

—Tú eres la única persona que le puede ayudar... Sé lo mucho que lequieres. Aunque ahora notes algún desvío en él, no hagas caso... Es preciso librarte de la garras de esa otra mujer y para eso cuento con tu inalterable cariño.

Y Catalina, que amaba con toda su alma a Juan, con un amor hecho de generosidad y de perdón, prometió querer siempre al joven y ol-

vidar el desvío con que éste, impulsado por una pasión loca, la trataba en estos últimos tiempos.

Aquella misma tarde, llamaron por teléfono a McClellan de una de las joyerías más importantes de la ciudad.

—El señor Juan Breen nos ha indicado que usted garantizaría el valor de una sortija de compromiso.

Vaciló el industrial, pero al cabo dijo:

—¡Dénle la sortija!

¡Ah, las cosas iban de prisa! Si no se ponía coto a los ardores del muchacho, era capaz de casarse con Paula, labrándose de este modo su infortunio.

Una carta que recibió poco después le hizo pensar en la necesidad de tomar determinaciones rápidas. Era de Juan y decía así:

Querido señor McClellan: No podré cenar con usted esta noche. Por primera vez en mi vida tengo algo más importante que hacer.

Juan.

Decidido a acabar de una vez con aquella situación, McClellan se dirigió a casa de Paula. Estaba seguro de que Juan iría allí. Bien comprendía que Paula hacía servir a Juan como cebo para dar celos a él.

Estuvo muy amable, muy cariñoso con Paula, haciéndole entrever la posibilidad de una próxima unión... Y como Paula no deseaba más que esto, le acogió con toda alegría.

A eso de las diez, Juan, que había sido citado previamente por Paula, llegó a casa de ésta.

Una doncella le vedó el paso en la salita.

—Perdone usted, pero la señorita Paula ha salido.

—La esperaré un momentito...

—Tardará mucho...

En aquel momento escuchóse la voz risueña de la joven. Juan se estremeció.

—¿No decía usted?—preguntó a la doncella.

—¡Oh, perdón!... Debe estar telefoneando... Dijo que no se la molestase.

Y corrió a advertir a la señorita que Juan se encontraba en el salón. Paula hizo un gesto de desagrado y dijo a McClellan:

—Voy a echar de casa a tu protegido... Así verás que sólo te quiero a ti.

Salío, coqueta, bella como nunca.

—Paula—le dijo el joven, ciegamente enamorado—. Tengo mucho que decirte.

—Estoy muy cansada ahora, Juan. ¿No puedes volver otro día?

—Pensaba pasar tan buen rato a tu lado... Tengo un regalo para ti.

Y le mostró una preciosa sortija que ella contempló con indiferencia.

En aquel momento entró McClellan y tomando por un brazo a Paula miró a Juan con aire risueño y burlón.

—¡Usted! ¡Usted aquí!—dijo Juan sorprendido—. ¡Y fué usted quien me pidió que no volviese a verla!

—¡Juan... no seas tonto!—le dijo Paula.

—Ya lo creo que soy un tonto... Creí que te amaba y que tú querías casarte conmigo. ¡Y veo que te estás divirtiendo con McClellan!

¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Ah, yo pensaba que sólo en el río había gente indigna!... ¡Tú y este hombre en quien deposité toda mi confianza! ¡No volveré a creer en nadie!

Y se marchó desesperado, viéndose objeto de traición, sufriendo uno de los más grandes desengaños de su juventud.

Al verle partir, Paula se estrechó más y más contra McClellan importándole poco el dolor de Juan con tal de poder casarse con el millonario.

Pero McClellan, bruscamente, la rechazó de su lado.

—¡Ah! ¿De modo que todo es comedia, que por esto volviste?

—Sí, volví por eso, para librar a Juan de ti... Pero temo haberle perdido para siempre... Voy en su busca, pero tú no te acerques más ni a él ni a mí.

Y rechazando a Paula, salió de la casa, mientras la rubia sirena se dejaba caer en un diván llorando su derrota.

A la misma noche, Juan, entristecido por aquel gran fracaso, por aquella gran traición, dirigió inconscientemente sus pasos hacia la casa de Catalina. Ahora esta mujer se le aparecía como el espejo de la más pura lealtad. ¡Y él había podido apartarse de ella para dejarse seducir por una mujer de lujo!

Deseando hallar consuelo en aquella otra alma de mujer, llamó tímidamente a su puerta... Y Catalina le acogió con el mismo amor de siempre, con la misma exquisita bondad.

—Perdóname, Catalina! ¡Creí que quería a Paula, pero es a ti a quien adoro!

—Pobre Juan!

—La transición de la barcaza al lujo de la ciudad me trastornó la cabeza. He sido un loco. Quería edificar rascacielos cuando en realidad debería cavar alcantarillas.



—¿De modo que todo es comedia; que por esto volviste?

—¡Juan, te perdonó con toda mi alma! ¡Yo te amo!

Y aquella dulce y virtuosa muchachita, olvidando los desdenes de Juan, se inclinó sobre uno de sus hombros y le llenó del perfume de su ternura.

Instantes después apareció McClellan, quien sospechaba que Juan hubiese buscado refugio en aquella casa.

Los dos hombres se miraron un momento con recelo. McClellan dijo:

—Catalina, deseo hablar a Juan a solas.
—La joven se alejó prudentemente.
—No me dé usted explicaciones—gritó Juan.
Lo veo claramente.

—Vamos a hablar de nosotros... no de Paula.
—¡Márchesé!... No tenemos nada que hablar.
—Juan, escúchame... Yo... yo... soy... tu padre...

El joven abrió enormemente los ojos.

—¿Usted mi padre? ¿Usted?

—Sí! Yo, hijo mío...

—¡Miserable! ¡Miserable!... Mi madre se pidió en una barcaza por culpa suya... ¡Canalla! ¡Usted la abandonó!

Y llevado de un impulso feroz, cruzó de un bofetón el rostro paterno.

—¡Oh, Juan!—dijo McClellan sintiendo la magnitud de la ofensa.

—¡Váyase de aquí! ¡Pronto! ¡Es usted un canalla! ¡Ya es demasiado tarde para enmendar las cosas!... Usted abandonó a mamá... ¡y le odio!

McClellan, desesperado, se alejó... Arrastraba los pies como un viejo. El peso del dolor caía repentinamente sobre él.

* * *

Al día siguiente, McClellan, enfermo y triste fué a las obras. Habló con su amigo Smith acerca de lo ocurrido con su hijo. Este no le perdonaría nunca; se abría entre los dos un abismo insondable. Pero Smith se ofreció como mediador.

—No te creerá. Me odia a muerte.

—¿Quién sabe!

Y el buen Smith se dirigió a ver a Juan que

no había vuelto al rascacielos, no queriendo saber nada de McClellan... Al principio el joven se negaba a escucharle, pero al fin le atendió.

—Eres un tonto, Juan. Clellan es inocente... Su padre engañó a tu madre y la hizo marcharse diciéndole que Clellan la abandonaba... Clellan la buscó luego por todas partes con una inmensa desesperación... No la halló nunca... ¡Y jamás ha vuelto a amar a nadie! ¡Te lo juro! ¡Vuelve con tu padre! ¡Te quiero! Si te libró de Paula fué porque Paula no te conviene.

El joven se sintió convencido por las palabras de Smith... Y quiso ir a pedir perdón a su padre y marchó hacia el rascacielos.

Numeroso gentío se agrupaba ante las obras. Había ocurrido una desgracia. El señor McClellan se había caído de considerable altura...

Poco antes, McClellan, aunque enfermo, a causa de las emociones de la noche anterior, había subido a uno de los pisos altos, y de pronto se sintió acometido por un vértigo, por una extraña congoja y cayó al abismo.

Loco de dolor, Juan se abrió paso entre la multitud, llegando junto a su padre, que se encontraba gravemente herido y al que iban a transportar a la clínica.

—El señor Smith me lo dijo todo! ¡Por favor, perdóname!...

El herido le contempló con ojos tristes.

—La culpa es mía... No hice las cosas como era debido.

—¡Creo en ti! ¡Animo, te pondrás bien... padre mío!...

McClellan sonrió. A pesar de los dolores que le embargaban, sus ojos tuvieron una alegre luz.

—Esperaba oírte pronunciar esta palabra, hijo mío.

—Animo, padre. Pronto te pondrás bien. Yo necesito pagarte con mi gratitud cuanto has hecho por mí.

Lo transportaron a un coche ambulancia. Los médicos diagnosticaron que, aunque grave, el estado de McClellan no ofrecía peligro inminente. Había tenido la suerte de caer sobre un montón de arena que amortiguó el golpe.

* * *

Meses después se inauguraba el rascacielos con toda solemnidad... Era el rascacielos de la razón social "McClellan e Hijo"... El padre no podía asistir aún a la ceremonia por encontrarse convaleciente de sus heridas. Pero Juan recibió los parabienes de todos... Iba con Catalina, con la que se casaría pronto... Y después de pronunciar un discurso de gracias, envió por el micrófono un saludo a papá que se sentía feliz al ver coronada su obra y verse amado por su hijo.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Díarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona



Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551 - BARCELONA
